



El último asistente

Maite Borén Terán

A tareada en la cocina por fin conseguí distraerme un poco. La liturgia de preparar la comida; escoger los ingredientes y cortarlos con mimo, seguir su cambio de aspecto durante el proceso de cocción, reunirlos en un conjunto nuevo de sabores, colores y esencias mezclados; siempre me había parecido maravillosamente relajante. La receta escogida para este día era especial; su favorita, y en consecuencia un camino archi conocido para mis manos, mi nariz y mi intuición. Cuantos domingos de invierno habrán pasado desde aquella primera vez, cuando ya



casados y todavía desconocidos, los ojos de Anselmo se cerraban al ritmo del movimiento de sus mandíbulas, deleitados por el sabor de mi primerizo pisto manchego.

Al fin logro estar un rato sola. Los que me conocen y hoy me acompañan saben que la cocina es mi territorio, con normas propias y rituales fieles que han dejado de ser algo ajeno nunca escrito para ser parte de mi carácter individual. Las costumbres me dan seguridad y hoy más que nunca necesito reconfortarme en estos olores tantas veces sentidos. Mientras dejo a mis pensamientos sazonados junto al pimiento ya dorado, salgo a verle una vez más, todavía no es la última. Mis hijos hacen sitio en el salón, arrinconando sillas y mesas, preparándolo todo para la velada especial de esta noche. El salón está lleno de flores, sobretodo crisantemos, aunque también distingo ramos de rosas rojas, intensas como mi pena, y claveles blancos y rosas que consiguen disfrazar el sufrimiento y enmascararlo en serenidad. Huele bien.

Juana y María llegan pronto, acompañadas de mantecados caseros y una exquisita sopa de ajo. Me abrazan fuerte, envueltas las tres por la intensidad de una vida compartida. Conocen mi dolor, aunque sin el secreto sólo mío que lo magnifica por encima de todos los demás. Vuelvo a la cocina y la cebolla no hace más que incrementar el brillo mojado de mis ojos.

Empieza a oscurecer y el cielo se torna de ese azul tenebroso que acrecenta las sombras y los miedos. Los árboles del patio se dibujan cómo masas informes, desaparecida la esbeltez de su ramaje. Oigo más voces en el salón, aunque el sofrito, exigente, me mantiene pendiente de los fogones. La salsa de tomate siempre casera y la pizca de azúcar indispensable para corregir la acidez le dan el toque final al conjunto.

Con el caldo hirviendo y mi receta espesando, me quito el delantal y avanzo hacia la puerta. Las únicas motas de color del día se quedan colgadas en el respaldo de la silla; mi oscuridad y yo avanzamos hacia un salón ya repleto de caras conocidas. La mesa luce abundante y todas las luces están encendidas. La elegancia del negro, protagonista indiscutible de la velada, luce sobrio sobre todos los invitados. Solo Anselmo viste de verde, tal y cómo pidió, impassible y sereno en el centro de la estancia. Mi pisto manchego es el último asistente en hacer acto de presencia, envolviendo con su aroma todos los rincones del susurrante salón. Algunos me felicitan por ese mérito culinario que podría hacer

con los ojos cerrados; la mayoría me compadecen. La noche será larga y el dolor, pienso que eterno.
